

Vigésimocuarto domingo después de la Trinidad

Colosenses 1:3-14

“Siempre que oramos por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, pues hemos oído de vuestra fe en Cristo Jesús y del amor que tenéis a todos los santos, a causa de la esperanza que os está guardada en los cielos. De esta esperanza ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio, que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, y lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad. Así lo aprendisteis de Epafras, nuestro consiervo amado, que es un fiel ministro de Cristo para vosotros, quien también nos ha declarado vuestro amor en el espíritu. Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual. Así podréis andar como es digno del Señor, agradándolo en todo, llevando fruto en toda buena obra y creciendo en el conocimiento de Dios. Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, obtendréis fortaleza y paciencia, y, con gozo, daréis gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz. Él nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados

1. En esta breve lectura de la Epístola, San Pablo aborda muchos puntos y habla de ellos, especialmente de la fe, el amor, la paciencia, la gratitud, etc. Puede hablar muy abundantemente de estos asuntos como una vasija escogida por Dios (como él mismo lo llamó, Hechos 9:15), de modo que es el mejor predicador que ha tenido en la tierra. Sin embargo, especialmente se desborda al comenzar el punto principal: el evangelio, o la fe en Cristo. Exalta excelsamente a Cristo tanto en su reino y en su persona como el que es todo en su iglesia: Dios, Señor, Cabeza, Maestro, Ejemplo y todo lo que la gente puede alabar como divino y bueno.

2. Para comenzar, alaba a los colosenses y dice que ha escuchado un informe muy bueno de ellos, a saber, que tienen la fe en Cristo y amor para con todos los santos. Además, se aferran a la esperanza de la vida eterna, que ya está guardada para ellos en el cielo. En otras palabras, son cristianos genuinos, que no se han apartado de la palabra pura de Dios sino seriamente se aferran a ella, y demuestran por sus obras y frutos que creen correctamente, porque muestran amor para los pobres cristianos y por amor a Cristo han sufrido mucho en la esperanza de la salvación prometida. Así les hace un modelo y espejo de toda la vida cristiana.

3. Después de esto ahora sigue y dice: “Porque he escuchado esto de ustedes, sinceramente me regocijo de que han hecho un buen comienzo”. Parece que él mismo no fue el primero en predicarles. Después, en el capítulo 2, dice que se preocupa por ellos y otros que no han visto su rostro (Colosenses 2:1), y aquí dice que aprendieron el evangelio y Cristo de Epafras, su colaborador, etc.

4. “Por lo cual ... no cesamos de orar por vosotros” para que sigan, aumenten y persistan en esto (Colosenses 1:9–10). Ve y sabe que tal orar y exhortar siempre es necesario entre los cristianos, para que sigan firmes, constantes e inamovibles en la fe que ha comenzado en ellos, contra las tentaciones incesantes del diablo, la maldad del mundo y la debilidad de la carne bajo la cruz y el sufrimiento.

“que seáis llenos del conocimiento de su voluntad” etc. (Colosenses 1:9)

5. Esta es su principal oración y deseo; si se obtiene esto, no hay peligro después. Sin embargo, dice “seáis llenos”, es decir, no solo recibir y coger este conocimiento con los oídos sino también enriquecerse en ello y siempre estar más lleno de él. “Ahora han comenzado bien y son plantas buenas, jóvenes, nuevas. Sin embargo, esta no es la clase de cosa en que es suficiente comenzar y en que, cuando hayas oído una vez y ahora la conoces, has terminado de aprender y la has agotado completamente”. Más bien, es la clase de cosa que siempre se tiene que urgir y practicar mientras vivamos aquí, hasta que llegue a estar perfecta y completa.

6. “Conocer la voluntad de Dios” no quiere decir que solo sepamos cómo hablar de Dios, como los judíos y turcos dicen que creó el cielo y la tierra y dio la ley. Esto ciertamente se ha revelado, de modo que por la naturaleza la gente puede saber de Dios por su obra de la creación (Romanos 1:20). Esto también señala la voluntad de Dios en lo que debemos hacer. Sin embargo, porque no hacemos esto, todavía no nos ayuda para nada, y sigue siendo un conocimiento fútil, vacío (si está solo), según el cual nada de su voluntad sucede en nosotros. Sí, al fin se convertirá en un conocimiento condenable de nuestra propia destrucción eterna. Más bien, cuando esto se conoce, otro conocimiento luego tiene que comenzar (si el hombre va a ser ayudado), que es de lo que habla Cristo en Juan 6:40 cuando dice: “Y esta es la voluntad del que me ha enviado: que todo aquel que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna”. Asimismo: “De igual modo, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que se pierda ninguno de los que creen en mí.” (Mateo 18:14).

7. Porque no hemos hecho su voluntad conforme a la primera revelación y por tanto tendríamos que ser rechazados y condenados bajo su ira eterna insoportable, por su sabiduría y misericordia divina ha decretado este consejo y voluntad, que haría que su único Hijo tomara sobre sí nuestro pecado y su ira y hacerse un sacrificio y pago por él. De esta forma, la ira insoportable y la condenación se quitarían de nosotros, se nos daría el perdón de los pecados, y el Espíritu Santo sería puesto en nuestro corazón, para que ahora deseáramos y amáramos los mandamientos de Dios. Él mismo ha revelado esta voluntad por su Hijo y ha mandado proclamarla al mundo. Él mismo nos dirige a buscar esto de él cuando dice. “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (Mateo 17:5).

8. San Pablo quiere que este conocimiento crezca en nosotros para que seamos ricos y llenos de él (es decir, ser completamente seguros de él). Este es un conocimiento excelente, grande: que un corazón humano nacido en los pecados deba esperar y estar seguro de que en la profundidad de su majestad y corazón divino Dios ha decretado

final e irrevocablemente, y quiere que todos lo acepten y crean, que no nos imputará el pecado, sino más bien nos perdonará y tendrá misericordia de nosotros y nos dará la vida eterna por amor a su querido Hijo.

9. Conocer y creer esto con seguridad no es tan fácil aprender como otras cosas, o aun como el otro conocimiento, el de la ley, que, además, está escrito en la naturaleza. Cuando pega el corazón, se hace demasiado fuerte, de modo que la gente conoce y siente la ira de Dios demasiado bien. Sí, esto especialmente impide que los cristianos y los santos adquieran este conocimiento de la voluntad de Dios en Cristo, y, además, el corazón y la conciencia tienen que admitir su culpa y confesar que han merecido la ira. Por esto naturalmente se asustan por Dios y huyen de él. Luego el diablo también sopla y agita las cosas y pone en el corazón humano sus flechas malvadas encendidas de pensamientos horribles y ansiosos, no le presenta nada sino imágenes y ejemplos aterradores de la ira de Dios, y lo llena tanto con esta clase de conocimiento que no puede ver ni pensar de nada más.

De esta forma este conocimiento se aprende demasiado bien, tanto que se hace difícil y duro que el hombre lo desaprenda y vuelva a olvidarlo por el conocimiento de Cristo. El mundo malvado confiadamente ayuda con esto con su amargo odio y grito venenoso contra los cristianos como la peor gente, criminales, condenados, enemigos de Dios, etc. Además, ofende a los débiles con su ejemplo, y nuestra carne y sangre lucha por otra cosa, nos vuelve a atraer, considera su propia sabiduría y santidad muy altamente, de la cual quiere tener honor y reputación o vivir con seguridad en su propia ventaja, avaricia, libertinaje, etc. Así el cristiano tiene que estar en una batalla dura en todos lados, luchando tanto contra el diablo y el mundo, y aún consigo mismo, si quiere retener ese conocimiento.

10. Porque este conocimiento del evangelio es tan difícil y extraño para nuestra naturaleza, es muy necesario que oremos con toda diligencia y nos esforcemos hacia él, para que siempre más nos llenemos de él y aprendamos a conocer muy bien la voluntad de Dios. Nuestra propia experiencia testifica de esto. Si es demasiado débil y no se ha aprendido bien, cuán fácilmente una desgracia pequeña puede suceder o un peligro o necesidad insignificante puede asustar al hombre, de modo que repentinamente truenos como estos atacan a su corazón: “Ay, Dios es mi enemigo, y no me quiere”, etc.

¿Por qué entra este angustiado “Ay” en el corazón del cristiano por un problema tan pequeño? Si estuvieras tan lleno de este conocimiento como deberías estar, y como muchos espíritus seguros y hartos imaginan que son, entonces no te asustarías ni gritarías. Sin embargo, porque tiembles y te da escalofríos, diciendo: “Señor Dios, ¿por qué me dejas experimentar esto?” esto quiere decir que su voluntad todavía es desconocida, o se conoce demasiado débilmente. Este “¡Ay!” todavía es mucho más grande que el gozo que este conocimiento trae consigo, si es fuerte y completo, que debe exceder grandemente todo temor y susto, sí, que debe quitarlo completamente y abolirlo.

11. Por tanto, aprendamos de esto a orar y pedir con San Pablo lo que nosotros y todos los cristianos más necesitamos; que tengamos este conocimiento completo, es decir, no solo comenzar e imaginar que esto sea suficiente ni quedarnos ociosos como si ya lo hubiéramos captado. No se ha acabado con poner las plantas en la tierra a menos que sigan el regar y cultivar, ambas cosas, por la palabra de Dios y la oración, contra el diablo, que lucha día y noche para destruir y tumbar las plantas que ve germinando, y contra el mundo, que busca y promueve solo lo opuesto de este conocimiento y urge y conspira contra él con su sabiduría y razón. Si Dios no nos vigilara ni fortaleciera este conocimiento, veríamos lo que podría hacer el diablo y cuánto duraría nuestra habilidad.

12. Un buen ejemplo de esto se nos muestra en el libro de Job, como en un poema hermoso escrito por un poeta. Satanás viene ante Dios, y el Señor le dice: “¿Has considerado a mi siervo Job? No hay nadie como él en la tierra, sencillo y justo y temeroso de Dios”, etc. Satanás responde: “Sí, lo has rodeado de tu protección y lo has preservado de modo que no me puedo acercar a él. Pero quita tu mano, y seguramente pronto lo guiaré a maldecirte en tu propia presencia” (Job 1:8-11). Después, lo hizo, llenándolo no solo con úlceras apesadas sino también con sus dardos encendidos y pensamientos horribles acerca de Dios. Así también Cristo dijo a Pedro y a los apóstoles: “Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte” (Lucas 22:31-32). En resumen, si Dios no lo limita, puede derrocar aun a los santos más grandes y fuertes.

13. Por tanto, aunque hemos llegado a ser cristianos y tenemos el comienzo de este conocimiento, sin embargo, debemos andar en temor y humildad y no jactarnos, como los espíritus seguros asquerosos piensan que lo han drenado todo de una vez, y que no hay límite ni fin a lo que saben. El diablo especialmente ama a tales personas, porque las domina, como él quiere, y por medio de ellos hace gran daño a otros con su enseñanza o ejemplo, de modo que también se hagan seguros y no piensen que Dios podría dejarlos hundirse o que el diablo está tan cerca de ellos.

La palabra de Dios verdaderamente se tiene que usar y orar aquí con seriedad y diligencia, no solo para que aprendamos a conocer la voluntad de Dios sino también para que seamos llenos de ella; y para que todos siempre puedan andar en esta regla, continuar constantemente, perseguirla y alcanzarla, para que tenga siempre más consolación y fuerza contra el temor y el susto y no deje que el diablo, el mundo, la carne y sangre impidan ni lo hagan demorar.

14. Esta plenitud de conocimiento es la clase de cosa que no saciará ni aburrirá a la persona que la tenga; más bien, siempre estará más animada y gozosa y siempre con más deseo y sed por ella, como dice la Escritura: “Los que me beben aún sentirán más sed” (Sirac 24:21). Aun los queridos ángeles en el cielo no se saciarán con esto (como dice San Pedro, 1 Pedro 1:12) sino tendrán su gozo y placer eterno en mirar lo que ha sido revelado y predicado a nosotros. Por tanto, si no tenemos esta hambre y sed (como debemos tenerla tanto más que los ángeles) para aprehender esto abundante y plenamente, hasta que también podamos verlo eternamente en la vida venidera,

entonces no hay más que una espuma vacía, que no podemos tomar ni nos satisfará y no nos puede consolar ni mejorar.

15. Sin embargo, para despertar y estimular esta hambre y sed in nosotros para lograr este conocimiento pleno, Dios trata muy bien con sus cristianos enviándoles tentación, angustia y sufrimiento. Esto les preserva de la saciedad carnal y les enseña a buscar la consolación y la ayuda. Hizo esto antes en el tiempo de los mártires, cuando diariamente les dejó ser capturado y matado por espada, fuego, agua, bestias salvajes, etc. Así los lleva a la escuela, en donde tienen que aprender a conocer la voluntad de Dios y así decir con desafío: “No, querido tirano, mundo, diablo y carne, puedes herirme, ponerme en los cepos, torturarme, exiliarme y quitarme el cuerpo y la vida, pero no me quitarás mi Señor Cristo, es decir, la gracia y la misericordia de Dios”.

Así la fe les enseña y confirma, que esto es la voluntad inalterable de Dios que él ha decretado acerca de ellos y que no puede cambiar, aunque su actitud puede parecer ser diferente, así como fue con Cristo. Este entrenamiento y experiencia de la fe así los confirmó que se acostumbraron a ello y fueron a la muerte con placer y gozo. ¿De dónde viene este coraje y desafío, la clase de coraje que las doncellas de trece y catorce años tenían, tales como Agnes, Agatha, etc.? ¿Se pararon con intrepidez ante el juez romano y, cuando fueron llevadas a la muerte, bromeaban que iban a un baile! No viene de ninguna parte sino que sus corazones estaban llenos de firme fe y seguro conocimiento de que Dios no estaba enojado con ellas, sino que su voluntad solo fue misericordiosa y clemente, para su salvación y felicidad suprema y eterna.

16. ¡Ven el pueblo muy iluminado, fuerte y valiente que ha hecho por la disciplina de la cruz y el sufrimiento! Por otro lado, porque no queremos experimentar esto, estamos frágiles y hasta débiles y flojos, de modo que, si hasta un poco de humo se mete en nuestros ojos, nuestro gozo y coraje se van, no conocemos la voluntad de Dios, y todo lo que queda es un grito fuerte y “Ay”. Esto tiene que pasar, como he dicho, cuando el corazón es completamente sin pruebas y no está acostumbrado a esto. Asimismo, cuando los discípulos de Cristo en el barco vieron acercarse la tormenta y las olas pasando sobre el barco, por su temor y temblor olvidaban completamente la voluntad divina, aunque tenían a Cristo con ellos. No había nada sino lamentación ansiosa, excepto que todavía clamaban por ayuda: “Señor, ¡Sálvanos, que perecemos!” Así también en el tiempo de los mártires había muchos entre los cristianos que se debilitaron y primero negaron, algunos por temor de la tortura; otros también porque habían estado en la cárcel por mucho tiempo.

17. Por tanto, quiere que nosotros también aprendamos a acostumbrarnos a estas cosas por la tentación y el sufrimiento, de modo que, aunque motiva lágrimas y el corazón comienza a palpar y clamar “¡Ay!, podamos tranquilizarlo y decir: “Conozco la mente, el consejo y la voluntad de Dios en Cristo, que no cambiará, porque me ha hecho esta promesa por su Hijo y ha confirmado con el bautismo que todo el que ve y escucha al Hijo será libre del pecado y la muerte y vivirá para siempre”.

18. Esto es lo que San Pablo quiere decir con “ser llenos del conocimiento de la voluntad divina” en Cristo por la fe en el evangelio, a saber, la fe y la consolación del perdón de los pecados, porque no podemos tener ni cumplir en nosotros su voluntad en los Diez Mandamientos. Esto no es en pensamiento vano, ocioso, sino un conocer vivo y activo, que puede presentarse ante el tribunal divino, luchar con el diablo, y prevalecer sobre el pecado, la muerte y la vida.

19. Ahora, en donde está presente este conocimiento o fe, el corazón también es encendido por el Espíritu Santo, adquiere deseo y amor por los mandamientos de Dios, comienza a guardarlos, alaba a Dios con su confesión y vida, y se hace un hombre paciente, casto, disciplinado, gentil, bueno y bondadoso. Esto verdaderamente es estar lleno del este conocimiento, es decir, armado y fortalecido por todos lados para resistir y penetrar contra la carne, el mundo, el diablo y el infierno.

20. Esto también se llama, como sigue explicando San Pablo, “toda sabiduría e inteligencia espiritual”, a saber, no la sabiduría del mundo, para la cual no hay ninguna razón para luchar y sufrir tentación, porque esta trata de otros asuntos. Esta no es tampoco la sabiduría de la razón, que presume juzgar estos asuntos divinos pero nunca puede entenderlos; más bien, cuando oye de ellos, de inmediato se aparta de ellos a la duda y la desesperación.

21. “La sabiduría” en los escritos de San Pablo (cuando pone lado a lado estas dos palabras) significa precisamente la enseñanza alta, secreta, oculta del evangelio acerca de Cristo, que nos enseña a conocer la voluntad de Dios. Un “hombre sabio” significa un cristiano que entiende y conoce tanto cómo hablar acerca de la voluntad de Dios hacia nosotros y cómo debemos conocer y crecer en esta en fe y, después, también vivir en obediencia a ella. Esta es la clase de sabiduría que no es inventada por la razón, tampoco entra en ningún corazón humano, ni es conocida por ninguno de los gobernantes de este mundo, como dice San Pablo (1 Corintios 2:6-10), sino es revelada desde el cielo por el Espíritu Santo a los que creen el evangelio.

22. Al lado de esta sabiduría (para que pueda estar perfecta y completa) pertenece también la segunda parte, que llama “inteligencia”, a saber, ser cuidadoso en retener lo que ha sido recibido. Puede suceder que aunque un hombre tenga sabiduría, es atacado por el diablo con sugerencias de pensamientos hermosos y astutos, o con ira e impaciencia, o hasta con avaricia y atracciones similares que parecen buenas. Por tanto, debe ser precavido, despierto y alerta, para que pueda guardarse contra las trampas astutas del diablo y siempre consultar su sabiduría espiritual en todo lo que sucede, para que no sea engañado.

San Pablo y la Escritura llaman “inteligencia” lo que usa bien la sabiduría y percibe lo que concuerda con ella o no, y así puede juzgar y distinguir correctamente todo lo que tenga el nombre y la reputación de la sabiduría. Armado de esta forma, es restringido de actuar contrario a su propia sabiduría. Por eso siempre tiene que mirar a la palabra de Dios y practicar y promover esta, para que el diablo no ponga algún otro engaño o error ante sus ojos y lo seduzca antes de que se dé cuenta. Ciertamente puede hacer esto y

trata de hacerlo por toda clase de formas y medios, si la gente no se guarda y consulta la palabra de Dios, como David en el Salmo 119 nos enseña por su propio ejemplo: “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Salmo 119:11). Asimismo: “pues tus testimonios son mis delicias y mis consejeros” (Salmo 119:24).

23. Fácilmente puede suceder que alguien (aunque oiga y conozca bien la palabra de Dios) o sigue en seguridad, preocupado de otras cosas, o tal vez es tentado y aparta sus ojos de la palabra de Dios, y así es guiado al error y engañado por los trucos y artificios del diablo; o se queda tan perplejo dentro de sí que pierde su sabiduría y no puede aconsejar ni ayudarse, aun en tentaciones pequeñas e insignificantes. Tanto el diablo y la razón (o la sabiduría humana) aquí puede disputar y formar silogismos con gran excelencia, de modo que alguien piensa que sea sabiduría verdadera cuando no la es. El sabio pronto se hace un necio; el hombre pronto se desvía y se equivoca; aun el cristiano pronto tropieza, sí, aun un maestro y profeta distinguido pronto puede ser engañado por los pensamientos finos y astutos de la razón. Por eso debemos aprender aquí a tratar de y examinar la palabra de Dios con toda diligencia.

24. Así también leemos que San Martín no quería disputar con herejes solo porque no querían entrar en querellas, sutilezas no ser demasiado sutil y criticarlos con la razón, por la cual solo afilaron y embellecieron su posición, como el mundo siempre hace contra la palabra de Dios. Por ejemplo, los papistas astutos ahora son muy sutiles, como piensan ellos, en presentar toda sus abominación y tiranía anticristiana, confirmando y fortaleciéndola bajo el nombre de la iglesia, babeando y diciendo que no debemos hacer ni tolerar ningún cambio en lo que ha sido comúnmente aceptado en todas partes en la cristiandad. Dicen que uno ciertamente debe creer que la iglesia cristiana siempre es guiada por el Espíritu Santo, y así ser obediente a ella y seguirla.

Oyes el nombre “la iglesia”, de que tu sabiduría espiritual enseña en el artículo “Creo en la santa iglesia cristiana”, etc. Este nombre, sin embargo, se cita y aplica (como la gente también hace con el nombre de Dios) para confirmar las mentiras y la idolatría del papado. Por tanto, la inteligencia es necesaria aquí, a saber, un juicio despierto y sutil que puede hacer la distinción correcta, de modo que se sabiduría no sea confundida y falsificada, y no pueda ser engañado por ese nombre y apariencia.

25. Si miras estos asuntos correctamente y los comparas con la palabra de Dios, que es la regla y norma, entonces puedes juzgar claramente y probar que el papado no es la iglesia de Cristo sino una secta de Satanás, porque está llena de idolatría, mentiras y asesinato manifiestos, y todavía quieren defender estas cosas. La iglesia de Cristo no hace eso, y la gente le hace violencia e injusticia cuando se le atribuyen que ha concluido, establecido o mandado tales cosas y que ella exige obediencia a lo que no está conforme a la palabra de Dios.

26. El mundo ahora sabía y astutamente disputa acerca de cómo apaciguar la controversia y la discordia sobre la doctrina y fe y alcanzar un compromiso. La gente debe dejar que los doctos, los sabios, los obispos, el emperador y los príncipes lleguen a una conclusión armoniosa. Dicen que cada lado ciertamente puede ceder algo, porque es

mejor abandonar y ceder algunas cosas (que se puede ayudar con buen entendimiento y explicación) que permitir que sucedan tanta persecución, derramamiento de sangre, guerra y terrible ruina y destrucción sin fin.

Sin embargo, hay una falta de entendimiento también aquí. El entendimiento muestra por la palabra de Dios que él no quiere que se haga tal obra de retazos. Más bien, quiere que se mantenga pura y clara la doctrina, la fe y el culto en conformidad con su palabra, y que no se mezclen ningunas invenciones, opiniones o astucias humanas sin valor. La Escritura nos da esta regla: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.” (Hechos 5:29).

27. Por tanto, aquí no debemos mirar ni seguir lo que se afirma por la sabiduría o consejo humano. Más bien, debemos mantener ante nuestros ojos la voluntad de Dios, que se nos muestra en su palabra, y seguir y persistir en ella, si eso significa que muramos o vivamos, el bien o el mal. Si esto resultara en una guerra u otra desgracia, trátalo con él que nos manda a enseñar y creer de esta forma. No es nuestro hacer, ni lo inventamos ni lo produjimos. No hemos sido llamados para disputar de si se voluntad sea recta o deba ser guardada. Si, debido a esto, permite que la persecución u otras cosas prueben a los que son cristianos genuinos y castigar a los ingratos, que así sea. Si no, luego él ciertamente tiene suficiente fuerza en su puño para defender y preservarla de ser destruido, para que la gente vea que es de él. Antes, ¡Dios sea alabado!, ha hecho esto entre nosotros y nos ha librado, de modo que nuestros adversarios no nos podían hacer lo que querían. Si hubiéramos cedido y les habríamos obedecido, entonces habríamos sido llevados a sus mentiras y destrucción. Puede hacer esto por nosotros y todavía lo hará, si tratamos honesta y fielmente con estas cosas, promovemos y honramos la palabra de Dios, no somos ingratos y buscamos otras cosas bajo la apariencia y el nombre de “la palabra de Dios”.

28. Digo esto como ejemplo para que puedan entender lo que San Pablo quiere decir tanto con “sabiduría e inteligencia” y “conocer su voluntad”, y ver que es necesario tener ambas cosas. Por tanto, en la cristiandad lo que se tiene que proclamar no es solamente la doctrina, que da sabiduría, sino también la amonestación y la exhortación, que da entendimiento de cómo retener la sabiduría en la batalla y el conflicto y defendernos con ella. Si esto no se practicara y se proclamara de esta forma, seríamos engañados por la sabiduría y opiniones falsas y aceptaríamos la apariencia y el brillo en lugar del oro verdadero, como ha sucedido en todo tiempo con muchas personas en la iglesia.

29. Los gálatas también habían recibido la sabiduría de San Pablo de que se hicieron justos ante Dios solo por la fe en Cristo. Sin embargo, aunque conocían esto, todavía fueron engañados y así habrían perdido completamente su sabiduría por la afirmación de los falsos apóstoles de que todavía tenían que guardar la ley que Dios había dado, etc., si san Pablo no habría despertado su inteligencia y, al hacerlo, retraerlos de su error. Los corintios también sabía por su sabiduría espiritual el artículo acerca de la libertad cristiana, a saber, que los sacrificios a los ídolos no son nada. Pero cayeron en

el error en que actuaron sin entendimiento y comenzaron, contrario a la sabiduría, a usar su libertad en una forma carnal y para dar tropiezo a otros. Luego San Pablo tuvo que volver a recordarles que esto no concordaba con sus enseñanza y sabiduría.

30. La Escritura también muestra muchos ejemplos de esto, especialmente en 1 Reyes 13 acerca de un profeta anciano del reino de Judá que públicamente predicó ante el rey Jeroboam acerca de la idolatría que él había establecido y confirmado su predicación y profecía con un milagro. Dios le había mandado, so pena de perder su vida, que no permaneciera en ese lugar, ni comiera ni bebiera nada allí, sino volver directamente a casa por otra ruta. Sin embargo, después, en el camino, otro profeta lo persuadió, diciendo que Dios le había revelado por un ángel que debería llevarlo a su casa y darle algo de comer y beber. Sin embargo, mientras se sentaba en la mesa con él, vino la palabra del Señor al profeta que lo había invitado, quien le dijo que no volvería vivo a su hogar. Cuando otra vez siguió su camino, un león lo mató, que quedó parado por su cadáver y su asno, pero no les hizo otra cosa. El otro profeta vino, encontró al león a su lado, llevó al hombre a su casa en su burro, lo sepultado, y mandó que después de su muerte fuera acostado en el mismo sepulcro.

Esto fue el castigo divino contra este profeta que se dejó engañar y no siguió el mandato que Dios le había dado. Sin embargo, esto no dañó su alma; Dios mostró esto por el hecho de que no fue devorado por el león sino defendido por él. Ahora, ¿qué le faltaba a este profeta? No la sabiduría, puesto que tenía la palabra de Dios, pero le faltó inteligencia, porque se dejó engañar cuando el otro hombre dijo que también él era profeta y que el ángel del Señor había hablado con él. Debería haberse quedado con la palabra que se le dio y debería haber dicho al otro hombre: “Si eres profeta, que así sea. Sin embargo, sí que Dios me ha mandado esto, y me quedaré con ello, etc.; en comparación con ello, no prestaré ninguna atención al nombre de un ángel ni al nombre de Dios”.

31. Esto es como frecuentemente sucede, no solo al contender por la doctrina contra las sectas, sino también esto sucede con todos en su propia vida y asuntos, oficio y gobierno. Una persona a veces tropieza sobre este punto y le falta inteligencia, si no considera ni percibe cómo sus afirmaciones, consejos y pensamientos se conforman con la sabiduría de la palabra de Dios, especialmente cuando es movido, tal vez por el diablo o alguien más, a la ira, la impaciencia, la tristeza, la melancolía u otras tentaciones. Esto a veces sucede aun con los que han sido bien probados y preparados. Se hacen perplejos aun en las aflicciones pequeñas, de modo que no pueden ayudarse, etc. Aquí es necesario que el hombre mire alrededor y no juzgue ni proceda conforme a los que piensa o siente, sino recordar la palabra de Dios o dejar que ella lo amoneste y consultarla. Mientras el hombre está recibiendo aflicción, no puede juzgar correctamente según sus propios pensamientos. Por tanto, no debe seguir a sí mismo ni inmediatamente proceder a concluir o hacer según él piensa. Más bien, debe sospechar de todo y guardarse contra la astucia del diablo, que usa sus hermosos argumentos y trata de atraer, seducir, asustar o entristecer a la gente. Ante esto, debe sacar el entendimiento de su sabiduría del evangelio, a saber, lo que su fe, amor, esperanza,

paciencia, y (en resumen) la voluntad de Dios abundantemente le enseña en dondequiera y en todas partes, si solo lucha por obtenerla, obra y ora para ser llenado de este conocimiento.

32. Por tanto, San Pablo la llama “sabiduría e inteligencia espiritual”, que nos sace sabios y astutos contra el diablo y sus asaltos o tentación y “asechanzas” (como San Pablo los llama, Efesios 6:11). Esta “sabiduría e inteligencia espiritual” nos gobierna y guía, alimenta y conduce, enseña y protege, de modo que avancemos correctamente ante Dios en los asuntos espirituales de la fe y la conciencia y en la vida externa (en donde la razón no puede avisar ni enseñarnos). San Pablo ahora dice además de esto:

“Así podréis andar como es digno del Señor, agradándolo en todo, llevando fruto en toda buena obra y creciendo en el conocimiento de Dios. Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, obtendréis fortaleza y paciencia, y, con gozo, daréis gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz.” (Colosenses 1:10-12)

33. Hemos escuchado antes en otras lecturas de la Epístola lo que significa “andar como es digno del Señor”, a saber, creer y confesar la fe con nuestra doctrina y vida como la clase de gente que es digna del Señor y de quienes el Señor se atreve a jactarse diciendo: “Estas personas son mi pueblo. Son cristianos, que viven y permanecen en lo que han sido enseñado por la palabra, que conocen mi voluntad, y que hacen y sufren por ella lo que deben”, etc.

34. Además, nuestra sabiduría e inteligencia en el conocimiento de Dios debe servir para hacernos la clase de personas que son un honor y una alabanza a Dios, para que él sea alabado por medio de nosotros, y así vivamos en una forma que agrade plenamente a Dios y que le agrade en toda forma de acuerdo con su palabra. Entonces, en nuestra vida y oficio, o el trabajo que se nos manda, no seríamos sin fruto ni hipócritas e incrédulos dañinos (como los otros cristianos falsos) sino haríamos mucho bien y y seríamos gente útil para la gloria del reino de Dios. Además, siempre seguiríamos y creceríamos en el conocimiento de Dios que ha comenzado en nosotros, para que no seamos desviados o forzados de ello con la astucia del diablo, que siempre y en todas partes ataca a los cristianos y trata forzosamente a hacerlos caerse de la palabra y voluntad de Dios, como hizo al principio con Adán y Eva en el Paraíso.

35. Asimismo, también somos “fortalecidos”, dice “conforme a la potencia de su gloria”, etc., para que podamos mantener la batalla contra el diablo, el mundo y la carne y vencerlos. No nuestro propio poder, ni todo el poder humano, hace esto, sino tienen que ser su propia fuerza y poder divina, gloriosa con que vence el diablo y gana honor y alabanza contras las puertas del infierno. Cristo mismo demostró esto cuando derrotó todos los asaltos y poder del diablo y lo venció, cuando lo estaba tentando todo lo que pudiera.

36. Nosotros, también debemos ser fortalecidos en la fe por este poder y fuerza. Debemos luchar por esto y aferrarnos a ello por la palabra de Dios y orar que no sea

solo un comienzo, sino un completar y lograr, y de esta forma debemos hacernos siempre más fuertes en su poder. No debemos emprender lo que hacemos de nosotros mismos ni por nosotros mismos y jactarnos como si nosotros lo hubiéramos hecho, sino depende de él y su fortaleza y apoyo. Cuando alguien queda un cristiano en el conocimiento de Dios, no engañado ni conquistado por el diablo, ciertamente no es nuestra habilidad que lo hace, sino su fuerza y poder divino.

37. Este “ser fortalecido” y vencer también debe suceder “en toda paciencia”, nos dice, para que puedan soportar la persistencia y la persecución del diablo, el mundo y la carne. Sí, no solo es necesaria la paciencia, sino también longanimidad, que él distingue de la paciencia como algo más grande y fuerte. Es la naturaleza del diablo que, si no puede conquistar un corazón con sufrimiento y aflicción, luego ataca durante un período largo, que es demasiado y muy largo para la paciencia y no parece tener fin. Esta es su destreza y villanía. Lo que no puede lograr con el tamaño y la cantidad de las aflicciones, lo hace con persistencia incesante, de modo que finalmente hace a la persona débil y cansado y le quita su espíritu y esperanza de vencer.

Así, además de la paciencia, es necesario tener la longanimidad, que se mantiene firme y constantemente contra ello y siguen en el sufrimiento con la actitud: “Ahora, no lo harás demasiado ni demasiado largo para mí, aunque dure hasta el fin del mundo”. Esta es una fuerza verdaderamente valiente, cristiana que puede mantenerse en la batalla y el sufrimiento severo no solo contra las muchas tormentas grandes y variadas del diablo sino también durante su gran duración. Aquí, sin embargo, tenemos la más grande necesidad de la fuerza y poder de Dios por la oración, para que no sucumbamos en esta severa batalla sino también alcancemos el fin, etc.

38. Debes tener y emplear esta paciencia y longanimidad, dice, “con gozo”. A saber, no debes dejar que estas muchas grandes y largas tentaciones te den pensamientos de ansiedad y tristeza, sino debes estar confiado y alegre y menospreciar al diablo junto con todas las aflicciones y la furia de él y del mundo. Regocíjate de que tienes el conocimiento de la voluntad divina en Cristo y su poder y la fuerza gloriosa contigo, y no dudes que él te ayudará a atravesarlo.

39. Finalmente, dice, “daréis gracias” también, o estarán agradecidos. NO olviden la bondad y los dones increíbles que Dios les ha dado sobre toda la gente en la tierra, puesto que les ha salvado, les ha librado del poder y la fuerza del pecado, la muerte, el infierno y el diablo (en que estaban estancados y en que, hasta donde dependía de ustedes, habrían tenido que quedarse siempre), y les ha puesto en la gloria eterna. Son coherederos con todos los santos, a quienes eligió para su reino, y participan en todos los dones eternos, divinos, celestiales, etc. En su sufrimiento y lucha deben mirar y considerar lo que fue designado y dado a ustedes, y de él ser tanto más alegres y animados a luchar y sufrir por él. De esta forma pueden poseer y gozar lo que ciertamente ya se les ha concedido en la palabra y la fe.

40. Sin embargo, lo llama “la herencia de los santos en luz” o “de los santos brillantes”, a saber, los santos genuinos. De esta forma los separa de los otros santos falsos, y así

hace dos clases de santos. Una clase es un grupo grande en el mundo. Ellos, también, quieren ser santos, especialmente los judíos, con su santidad de la ley, y el mundo entero, filósofos, abogados, etc., con su justicia. Sin embargo, no son santos brillantes, sino santos oscuros, sucios, hasta emporcados. Considera esa clase de justicia como “pérdida” y “estiércol” (Filipenses 3:8). Asimismo, aun entre el rebaño de los cristianos que tienen el evangelio hay muchos santos falsos hipócritas. Ellos también escuchan el evangelio, van al sacramento, etc., pero se quedan en la oscuridad y no gustan ni experimentan la sabiduría y la inteligencia del conocimiento de la voluntad divina. Sin embargo. Los que se ejercen en la fe, el amor y la paciencia a través de la tentación, y que conocen la gran gracia y bondad de Dios que se da por el evangelio, estos son y pueden honorablemente ser llamados la clase de santos que pertenecen y ya han sido colocados en la luz y el gozo eterno en su reino, etc.

“Él nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.” (Colosenses 1:13-14)

41. Aquí amplifica más las cosas por las cuales debemos dar gracias a Dios Padre. Manifiesta toda la predicación y el resumen del evangelio, que señala lo que tenemos en Cristo, y muy consoladoramente describe tanto sus beneficios y su persona. Primero, empero, dice que sobre todo realmente debemos agradecer a Dios sin cesar por este conocimiento y revelación del evangelio. En él no tenemos un tesoro pequeño ni la clase de posesión que se puede comparar con oro, plata y todas las riquezas, gozo y consuelo del mundo y de esta vida, sino redención de la pérdida y ruina eterna, irreparable bajo la ira y condenación eterna e insoportable de Dios por causa del pecado, en que ya yacíamos sino ninguna ayuda ni liberación. Sí, éramos cautivos en tal ceguera y tinieblas que nosotros mismos ni reconocíamos nuestra miseria; mucho menos podíamos luchar por o encontrar ningún medio y camino para salir de ella.

Ahora, en lugar de esto, sin ninguna preparación ni mérito, medios ni obras de nosotros, inclusive sin nuestro pensamiento, de la gracia y misericordia sin límite de Dios, hemos recibido seguramente la redención, que es el perdón de los pecados.

42. ¿Qué tan grande es esta bondad y beneficio? Ninguna lengua la puede expresar, tampoco en esta vida puede alguien entenderla. En el infierno los impíos se harán conscientes de esto, por su condenación y la ira eterna divina Majestad y de toda la creación. Serán incapaces de mirar solo a su dolor, miedo y desesperación incesante y miserable sin fin.

Por otro lado, la creación no querrá verlos, sino los detestarán y los asustarán con su mirada y los condenará. Además, por su bondad indecible Dios ha mandado que en esta vida la creación tiene que estar “sujeto a vanidad” (como dice San Pablo, Romanos 8:20) y servirlos, pero “contra su voluntad”. Es ansiosa, como una mujer dando a luz, y no quiere más que ser librado de este servicio al mundo impío, condenado. Sin embargo, tiene que tener paciencia en la esperanza de la redención por amor a los hijos

de Dios que aún vendrán a Cristo y finalmente serán llevados a la gloria; de otro modo la creación es tan hostil al pecado como lo es Dios mismo, etc.

43. Sin embargo, porque un veredicto eterno e inmutable de condenación se ha pronunciado sobre el pecado, porque Dios no puede agradarse del pecado ni lo hará, y así su ira queda sobre él eterna e irrevocablemente, esta redención no podía suceder sin un tesoro y pago que haría compensación por el pecado, tomaría la ira sobre sí mismo, lo pagaría, y así quitaría y borraría el pecado.

44. Ninguna criatura podía hacer esto, y no había remedio ni ayuda para esto excepto que el Hijo único de Dios se presentaría en nuestra necesidad, él mismo se haría hombre, tomaría esta eterna y seria ira sobre él mismo, y ofrecería su propio cuerpo y sangre como un sacrificio por él. Por su gran, ilimitada misericordia y amor por nosotros lo hizo y se entregó para llevar la sentencia de la ira y la muerte eterna.

45. Porque viene de su único Hijo amado, que con él es uno en deidad y majestad, este pago y sacrificio es tan querido y precioso para Dios que por medio de él está reconciliado con, recibe en la gracia, y perdona los pecados de todos los que creen en su hijo, etc. Así tenemos el beneficio de este pago y mérito precioso de Cristo solo por su amor ilimitado e indecible adquirido y dado a nosotros, de modo que aquí no tenemos absolutamente nada de que jactarnos en nosotros mismos. Más bien, siempre con todo gozo debemos agradecer y alabarlo por esto, que gastó tanto tesoro para redimirnos a nosotros, los pecados perdidos y condenados.

46. Ahora, en donde este punto principal de la redención (a saber, el perdón de los pecados) está presente, todo por lo cual nuestra salvación se completa pronto sigue. La muerte eterna (como el pago del pecado) se quita, y se dan la justicia y la vida eterna, como dice San Pablo: “la dádiva de Dios es vida eterna”, etc. (Romanos 6:23). Ahora que estamos reconciliados con Dios y lavados por la sangre de Cristo todas las cosas “que están en los cielos como las que están en la tierra” también son reconciliadas (como Pablo dice otra vez, Efesios 1:10), de modo que no están en contra de nosotros sino concuerdan con nosotros como nuestros amigos y se sonríen sobre nosotros, de modo que no tenemos más que gozo y deleite en Dios y sus criaturas.

47. La predicación del evangelio debe señalarnos tanto el pecado y el perdón, la ira y la gracia, la muerte y la vida, cómo hemos estado en las tinieblas y hemos sido rescatado de ellas, y lo hace. No primero busca hacernos pecadores (como lo hace la ley) ni nos dirige a merecer y ganar la gracia. Más bien, nuestro cómo nosotros, que ya estamos condenados bajo el poder del pecado, la muerte y el diablo, debemos reconocer y recibir por la fe la redención que se ha dado, y luego estar agradecidos por ella.

48. San Pablo ahora sigue para describir quién es la persona cuya sangre fue derramada por nosotros, para que veamos cuán valioso es este tesoro y redención, es decir, que es la sangre del Hijo de Dios. Él es la imagen del Dios invisible, que estaba antes de todas las criaturas, y por medio de él todo fue creado. Esto quiere decir que es el Dios verdadero y eterno con el Padre, de modo que se llama y realmente es “la sangre de

Dios mismo”, etc. Así clara y poderosamente provee un fundamento para el artículo sobre la deidad de Cristo. Esto, sin embargo, requiere su propio sermón especial.